

persona humana, y de fijar claramente, por encima de la retórica transpersonalista, el valor y la posición del individuo en orden a ciertos problemas básicos: el del Arte, la Historia o el Estado.

La crisis europea de estos últimos lustros significa, precisamente, la confluencia de aquella exigencia lógica y de esta humana aspiración. En nuestros días el problema de la personalidad—después del fracaso de las falacias liberales—se proyecta a un tiempo sobre los dos planos: el del intelecto y el de la afectividad.

Concretamente, en la filosofía de la historia del arte hallamos terreno propicio al planteamiento radical de esta actualísima inquietud. La esencia misma del acto de creación artística confiere a la evolución de los estilos—en plástica, música y pintura—un enorme valor como zona de máxima libertad para la creatividad personal.

Hemos mencionado, precisamente, un grupo de teorías relacionadas con las artes plásticas porque en ellas la forma parece más distante y libre de las influencias directas de la historia política o intelectual. Sin embargo, hay que insistir en que una misma evolución preside este grupo, al tiempo que la poesía y la música. Esta unidad en el proceso histórico-artístico deriva de la identidad estructural del tipo individual humano—*homo aestheticus*—sujeto de la historia del arte.

Cuando Max Dvorak, con profunda intuición psicológica, vincula en una raíz común el realismo de Brueghel y la novelística de Dostoiesky, pasando por Cervantes, Shakespeare y Balzac, o cuando idealiza la espiritualidad del Greco y la de Santa Teresa, no hace sino penetrar en la esencia común de la evolución literaria con la plástica.

En rigor se trata de un mismo proceso. Podemos llamar

